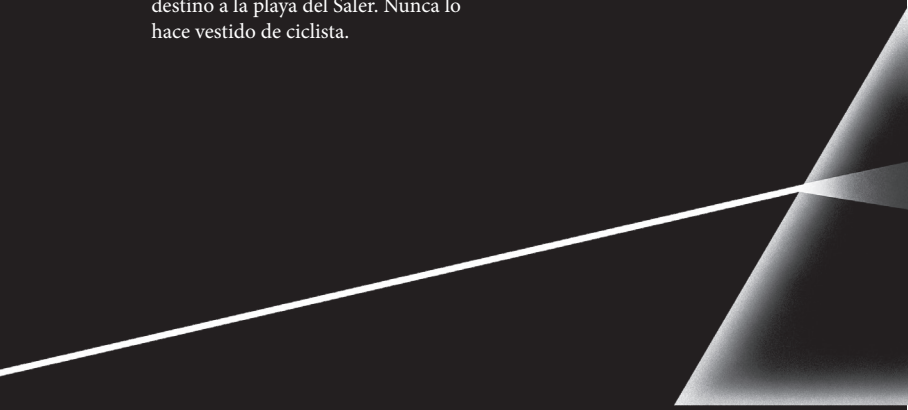
CUALQUIER COLOR QUE TE GUSTE

Un relato corto de Carlos Moreno Tenas

CUALQUIER COLOR
QUE TE GUSTE

Carlos Moreno Tenas (Madrid, 1986) es historiador de formación y educador de educación especial de profesión. En sus dilatadas vacaciones de verano recorre los caminos de la Albufera una y otra vez con destino a la playa del Saler. Nunca lo hace vestido de ciclista.



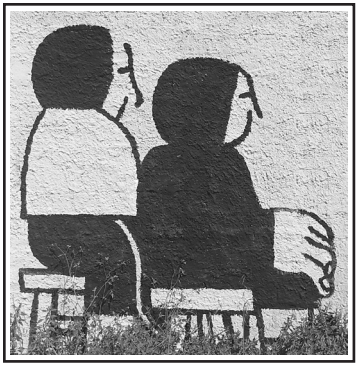
Título: Cualquier color que te guste
Autor: Carlos Moreno Tenas
Primera edición: Junio de 2026
Dibujo de portada: Elías Taño
Maquetación: Carlos Moreno Tenas
Depósito legal: V-2724-2026
ISBN: 978-84-09-87730-0

Attribution-NonCommercial-ShareAlike (CC BY-NC-SA)

Esta licencia exige que quienes reutilicen el material reconozcan la autoría. Permite distribuir, remezclar, adaptar y desarrollar el material en cualquier medio o formato, exclusivamente con fines no comerciales. Si otros modifican o adaptan el material, deberán dar licencia a la modificación bajo los mismos términos.

BY Reconocimiento de la autoría.
NC Solo se permite el uso no comercial de su obra. No comercial significa que no esté destinado principalmente a obtener beneficios comerciales ni compensación económica.
SA Las adaptaciones deben compartirse bajo las mismas condiciones.

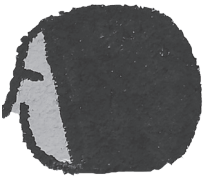
CUALQUIER COLOR QUE TE GUSTE



Un relato corto de Carlos Moreno Tenas

N
Puerto de València
Camí de la Punta a la Mar
Nueva desembocadura del río Túria
Camí de Rabisanxo
Copón de Miaja
Arrozales
Bosque de la Devesa
Gola del Pujol
Lago de la Albufera
Mar Mediterráneo

Al agua de la Albufera,
sea del color que sea.



1

Vistas desde arriba las ciudades son un plano. Delimitadas sobre el campo por sus líneas, sus ángulos y una muy concreta paleta de colores. Mientras que el croquis urbano se compone de una disposición más o menos predecible de colores apagados y varios tonos de gris, los márgenes sobre los que se establece muestran colores vivos y sinuosas formas que advierten los primitivos rigores del terreno: ríos, colinas, valles y barrancos. Más allá de esos trazos, la geometría de la ciudad, a vista

de pájaro, se va difuminando hasta convertirse en un simple esbozo, en un pictograma de suelo urbano que nada tiene de diferente a cualquier otro: un casco histórico en torno a un río, uno o dos ensanches y un entramado de vías de ferrocarril dispuestas como una cicatriz vieja sobre cuero curtido. Formas poligonales en donde nada se sabe de quién las habita o cuáles son sus nombres. Colmenas verticales que, desde arriba, se confunden en su uniformidad. Rectángulos y cuadrados que esconden las diferencias y las complejidades de las aves que lo anidan. ¿Cómo podría saberse desde la lejana estratosfera que una forma en concreto es un bloque de protección oficial o un opulento complejo de lujo?

Si, vistas desde arriba, las ciudades son un plano, para adquirir profundidad hay que bajar hasta la superficie, incluso indagar por debajo de ésta. Sin embargo, cuando una población

está construida a cero metros sobre el nivel del mar, ¿cuánto podremos excavar hasta llegar al fango? El fango esconde pigmentos y olores que permanecen en el recuerdo de quien los ve y los huele y evoca sus formas al secarse. De cerca se añade tiempo y movimiento y el plano cambia, como el mismo fango, que se endurece con el paso de las horas pero es maleable antes de que el agua contenida se evapore. La realidad es una interpretación del territorio, un mapa del tesoro, es la sustancia que devuelve la vida usando el molde creado por el barro seco. Mediante la alquimia correcta el plano hablará y una electricidad singular iniciará la sinapsis en el cerebro del monstruo urbano. Como un electrón, se moverá e indagará en cada rincón de su superficie y en cada momento desde el presente hacia el pasado y al revés.

Sobre el plano, un punto avanza sobre sus líneas montado en una bicicleta, saliendo como

cada mañana de la ciudad en dirección al lago. Casi parece un come-cocos esquivando a los fantasmas. Ve cómo cambian, a su alrededor, los ángulos rectos por otros nuevos, de caprichosas inclinaciones, bajo la severidad de las acequias y de un pasado en continuo movimiento. Los colores, fuera de la ciudad, parecen imprecisos trazos que nadie ha dibujado, ya estaban allí ajenos a cualesquiera de las líneas de un polígono industrial. El punto es otra trayectoria más sobre aquel plano, cuyo nombre y cuya vida se presentan anónimas a vuelo de pájaro. Sale de la ciudad pedaleando y se detiene frente a una endeble vivienda. Mira con triste afecto un mural pintado sobre la fachada: "Nu̯ o să vă uităm niciodată, no vos oblidem". Dibujados con minuciosa sencillez, Axinia y Florín no habían sobrevivido a la gran ola de cañas, barro y micro plásticos del otoño pasado y ahora, convertidos en pintura, eran recuerdo sobre el camino de Rabisanxo. Del pobre edificio, que

apenas resistía el paso del tiempo, se elevaba hacia el cielo una gran chimenea sobre una de las dos habitaciones cuadradas unidas por uno de los vértices, como un hito mortuorio entre acequias. No se veía ninguna puerta de entrada que diera al camino, tan solo una suerte de corral hecho con maderas de palé a un lado del inmueble. Por el otro, como si de una casa veneciana se tratara, pasaba una considerable acequia pegada a la vivienda. El muro más cercano al camino veía transparentar los viejos ladrillos bajo la pared encalada, se notaba el efecto de la humedad sobre la amarga piel del edificio.

A su alrededor, un paraíso artificial teñido del verde de los arrozales en verano. No había nadie más que compartiera la ceremonia individual del ciclista frente al muro, era un lunes de junio y apenas pasaban de las ocho de la mañana, sin embargo, el hombre se

quitó el casco como si guardara una suerte de respeto fúnebre. No es que fuera precisamente creyente y hubiera visto conveniente descubrir su testuz, pero vio la necesidad de pensar en ello y el casco le molestaba. "¿Quiénes eran Axinia y Florín? Otra pareja más que quedó a merced del fango", pensó. E imaginó cómo habrían subido a lo más alto de la vivienda, que no alcanzaba apenas los dos metros de altura, en una lucha feroz por sobrevivir. Apostados en el tejado contemplando la ciudad a lo lejos y confirmando el monstruo de la destrucción, tal vez abrazados, o ni siquiera, para no asustarse. Habrían oído el siniestro ruido del silencio de la autovía tras el maretazo, entre los restos del arroz tras la cosecha, o acaso los cláxones como única alarma del desastre. La ola, en una luctuosa procesión, habría llevado los despojos materiales de la ciudad en dirección al lago. No quiso imaginar más, aquello le llevaba por un camino que no quería recorrer sin casco. Cesó

entonces en su empeño por descifrar aquella efeméride incomprensible y especuló con un pensamiento más edificante: maldecir junto a las imágenes de Axinia y Florín aquella ciudad y sus gigantes.

Muebles, coches y ropas traídas de muy lejos, almacenadas bajo enormes rótulos comerciales que podían verse a pocos cientos de metros, en igualmente grandes y rectas fachadas de hormigón. Lugares no habitados por personas, morados por el silencio de unas conversaciones vulneradas por el hilo musical de las megafonías. Transportados en barco desde cualquier alejado confín del planeta, los objetos se acumulaban frente al recuerdo de Axinia y Florín: piezas que necesitan de otras piezas. El desenlace de la pareja, sin embargo, no tuvo manual de instrucciones. Maldijo para sí y pensó, siendo un completo fanfarrón, que aquellos templos del comercio

eran insignificantes comparados con el mural pintado a mano en aquella casa. Para empezar, había sido un hogar habitado por personas y eso era mucho más de lo que podían presumir aquellas naves industriales. Por muy alto que ascendiera el humo de las chimeneas no era más que eso: humo que acabaría disuelto en el aire sobre aquellos barcos y sus endebles depósitos de fueloil. Axinia y Florín, sin embargo, eran dos figuras pintadas en la pared, una geometría más real que cualquier bandera insignificante del colapso. "He de ponerme el casco", pensó, "la carretera es peligrosa". Se giró por última vez despidiéndose de las dos figuras. Al menos ellas tenían nombre, él no tenía dibujo, no era más que un anónimo ciclista.

Prosiguió su travesía dejando atrás la infausta señal. El camino, cada vez peor asfaltado, giraba a la izquierda y se adentraba de lleno en el verde tapiz de los campos de arroz

desafiados de manera arrogante por las últimas naves industriales. Los corrompidos techos de amianto y algunos viejos tractores oxidados avisaban al forastero del paso del tiempo: los jirones de sus neumáticos, mezclados con barro seco, pacían en silencio como las viejas alpargatas de los braceros pobres que habían trabajado esos campos y adivinaban su remota existencia desde el pasado. Cada una de las monstruosas naves se inclinaban y se hacían pequeñas ante el paso del viajero. Miraban desde lo lejos y quedaban mudas a ambos lados de la carretera. El sol, que cada vez se alzaba con más fuerza, acariciaba el lado izquierdo de su cuerpo cada vez con más intensidad. Mientras pedaleaba contemplaba la acequia que quedaba a su derecha, se fijó en el torrente de agua: el pasado y el presente se mezclaban como el flujo del líquido navegando por el viejo cauce, siempre rumbo al sur y en un perfecto azul. Las groseras líneas de los edificios desaparecían

dando paso a las amables curvas del inmenso verde de la marjal.

El Rāḥal Ibn Šams era el nombre pretérito que nombraba aquel camino y aquel centenario curso de agua. Fue una pequeña alquería de huerta de la época medieval, probablemente habitada por moradores del norte de África. El pensamiento del observador, antes fúnebre, viró hacia una disposición de vida. "¿Cómo habrían vivido aquellas gentes?", e imaginó a sus antepasados como personajes legendarios escritos por Washington Irving: severos guardianes de secretos ancestrales que sobrevolaban como fantasmas sobre aquellas irregulares líneas. El azul pintaba estrías que lindaban con los verdes intensos y un gris muy claro en el horizonte que dibujaba, al fondo, la sierra de Corbera. No sabía si era tan solo una excusa para prestar atención a aquellos contornos, pero especuló sobre qué se ocultaba

bajo el nombre de Rabisanxo. Siglos habitando, transformando y amando aquellas tierras hasta dejar su nombre impreso en ellas. El temible río blanco que bajaba desde las montañas podía ser domado, canalizado y convertido en cientos de arroyos dando lugar a un complejo sistema nervioso central. Aunque el Túria hubiera sido maltratado, desviado, encajonado, atrapado y hecho cautivo, gracias a aquellas viejas acequias permanecía siempre al lado del caminante, empujándole en su camino, como un delta artificial que se adaptaba al espacio del cemento entre la marjal. El río era las venas de la huerta, parte del oxígeno que mantenía vivo el lago y la paleta sobre la que mezclar los necesarios colores que tatuaban sus contornos. ¿Quién guardaba ahora el secreto de las acequias?

En el cauce del torrente se reflejaba la imagen de la bicicleta a una velocidad inalterada.

El correr del agua y del vehículo avanzaban como de la mano y creaban una imagen nueva: la mezcla de ambos. Una representación del aluminio tintado de rojo sobre el azul del agua se distorsionaba en pequeños jirones de color. Apenas podía interpretarse Orbea sobre el cuadro de la bicicleta antigua, pero se intuía. Los pedales, como dos molinos, interrumpían la imagen de los radios en un movimiento hipnótico y circular. Gigantes avanzando entre las jóvenes hojas del arroz aún sin panícula en su extremo superior. El ciclista miraba a su alrededor mientras el sudor resbalaba por sus brazos. "Cada vez hace más calor". A la izquierda del camino no pudo evitar fijarse en un grupo de siluetas trabajando en medio del arrozal, en dirección al mar, formando una línea perfecta de cinco personas, una detrás de otra, empuñando una hoz cada una de ellas. Avanzaban al unísono como intrusas en aquellos tonos de alegres verdes y de

naturaleza huida de la ciudad. El trazo curvo del instrumento brillaba al sol y cortaba el aire y las malas hierbas dejando un oscuro gris amarronado como una mancha miasmática sobre el fondo del lienzo. Cada trazo, de manera extraordinaria, duraba unas milésimas de segundo en desaparecer. Iban tapados de pies a cabeza para sobrevivir a la vida con el agua por las rodillas. Sus ropas oscuras eran como un bote que cae sobre un suelo recién fregado estallando en mil esquirlas de vidrio. El mecer de las espigas, al acorde unánime del viento, era chafado por sus zancadas sordas ignorando que se estuviera interpretando en aquel momento una sutil sinfonía de verdes y azules. Sus gorros de visera circular se agarraban al cuello con un cordel tapando sus rostros. "Quizá advirtieron que había de mantener cierto grado de anonimato para que el lago no pudiera desdibujar sus identidades", pensó. Y en ese instante, la maldad que albergaban

esas hoces atravesó su cuerpo. Se sintió parte de aquel entorno y su pedaleo frenó en seco. La bicicleta emitió un fuerte sonido producido por las zapatas en dura fricción contra la rueda y las oscuras figuras miraron hacia él en una turbia coreografía.

De pronto reaccionó ante un ruido inesperado y miró al otro lado de la carretera. Como en el albor de un enfrentamiento bélico, y acaso lo era, un grupo de flamencos aterrizó en un pequeño triángulo de agua formado en un extremo opuesto del arrozal. De alguna manera, habían llegado allí para combatir el gris y oscuro filo circular de aquellos intrusos con sus rosas y blancos nítidos y claros. Hacía tiempo que ya no era común ver aquellos colores de camino al lago, con sus alas abiertas de par en par como en una danza de gratitud por semejante posada en mitad de su migración. El agua siempre se acumulaba en alguna esquina de las parcelas

del arrozal y aquellas aves aprovechaban para aterrizar allí y alimentarse, o vigilar, de camino a cualquier otro lado. Tenían el privilegio de poseer alas para cruzar fronteras sobre altos muros espinados, entre el humo de los barcos, el cemento de los edificios y el calor del mar. Aquellos visitantes no hacían escala en esos enclaves tan a menudo, pero hoy tenían que defender su plaza. Miró con detenimiento aquellas delicadas aristas: como el final de un bastón, sus cuellos se curvaban y el rosa, sin prisa, bajo el paso de sus pequeños ojos, se iba apagando hasta quedar convertido en un naranja muy oscuro al inicio del pico, tras el cual, un profundo negro concluía la composición. Aquellos trazos pintaron de silencio los contornos del observador, como absolutos vencedores del combate. Se giró sobre sus espaldas y los labradores habían desaparecido por completo. "¿Cómo...?", se preguntó sorprendido. "¿A dónde han marchado?". Uno

de los flamencos miraba airado, con un pata plegada sobre su vientre, en dirección a donde acaso estuvo aquel grupúsculo armado. Los entrometidos hombres con el rostro tapado habían desaparecido de allí.

Confuso prosiguió su camino por una senda que se hacía cada vez más estrecha y sinuosa antes de desembocar en una carretera de buen pavimento. El calor también avanzaba, cada vez más abrasivo, mientras el sol iba colocándose en lo más alto del cielo en un cegador amarillo chillón. Vio un par de coches en la carretera que unía El Saler con El Perellonet, viajaban lentos y pesados hacia la ciudad, como si la única razón por la que tomar aquella dirección fuera un castigo ancestral, un éxodo rural, un castigo moderno que manchaba con sucios pinceles los pocos lugares que quedaban entregados al verde del arroz y al azul del lago. Sin embargo, aquello le serenó, el suceso con los labradores

le había producido un hondo desasosiego y aquellos automóviles le hicieron aterrizar de golpe sobre el asfalto. Además, ya podía oler la humedad del lago, que oculto a su derecha por altas cañas y juncos, empezaba a actuar como límite al este de la carretera. Conforme avanzaba la mañana y el calor, cada pedaleada le suponía un pequeño esfuerzo extra con respecto al anterior. La carretera era recta y bien delimitada y a lo lejos, a su derecha, iba adivinándose una parada de autobús entre unos árboles. Vio como bajaba un grupo de personas con cabellos de oro a juego con el sol abrasador. Sus pieles, artificialmente rojas, revelaban al espectador que el astro rey había hostigado sus epidermis con la crueldad de quien no rinde cuentas a nadie. Por ello y por sus imposibles ropas supuso que no eran de allí. Adelantó al autobús, aún en la parada, y dejó su bicicleta apoyada en un árbol.

Frente a él se mostraba el embarcadero de la Gola del Pujol, cada día presentaba sus respetos al lago en aquel lugar mágico y aprovechaba para comer algo, con el casco bajo el brazo. La gola era el punto donde el lago se unía con el mar, en una perfecta línea recta. De manera artificial, mediante once compuertas podían controlar la capacidad de la laguna e iniciar las inundaciones de los campos de arroz. Al llegar había una decena de plazas de parking bajo un cartel que informaba que la estancia del vehículo no podía superar la hora de estacionamiento. Una de ellas estaba ocupada por un coche familiar. Una pareja con un carrito de bebé observaba el agua mientras la criatura lloraba desconsolada. Se preguntó quién y desde dónde se contaba el transcurso del tiempo para hacer efectivo el imperativo anunciado sobre el aparcamiento. Tal vez aquello inquietara también al bebé. Más allá, tras un par de bancos, una valla marcaba el

horizonte tras el cual se extendía hacia el oeste el gran lago, como una gigantesca lágrima, abriéndose paso por el rostro taciturno de la tierra. Bajó siete peldaños de una pequeña escalera por la que se accedía al único embarcadero de la zona y se sentó en el último en una posición casi fetal. Miró fijamente el agua convencido de descifrar el misterio de los colores del lago. Sabía por la novela de Blasco Ibáñez que aquellas aguas, a finales del siglo XIX, habían sido claras como una superficie de vidrio sobre la que se reflejaban los pinos de la devesa. Una transparencia que permitía ver el fondo, su flora y su fauna. Pescadores como el tío Paloma, que durante generaciones habían vivido del lago, habían pescado sus peces y atrapado sus estimadas anguilas. Todo aquello mucho antes de que los estómagos más hambrientos empezaran a desecar sus aguas para dibujar los primeros arrozales. El terror del tío Paloma: que su propio hijo echara tierra

sobre el lago, día tras día, mes tras mes, año tras año. Aquellas aguas, poco a poco, fueron perdiendo su color y su pulcritud, la industria fue manchando sus alrededores, las acequias fueron vertiendo sus deshechos y la claridad blanca de antaño se tornó verde y turbia. Aquel pigmento pantanoso, no obstante, ni siquiera fue el último tono en adoptar aquel organismo vivo, tan solo unos años atrás, las aguas habían virado a un marrón inédito. El agua protestó por no encontrar a nadie capaz de protegerla y tintando su líquida piel se comunicaba mediante un prolongado grito de socorro.

Una imposible conversación sacó al hechizado observador de su ensimismamiento. El grupo de personas que había bajado del autobús intentaba comunicarse en inglés con uno de los barqueros que tenía su embarcación amarrada en uno de los cuatro muelles. Desafiando al horizonte de la mañana, la

silueta de barba maltratada, sombrero de paja y descolorida camisa desabrochada subía y bajaba colocado sobre su bote a modo de peana y se recostaba sobre una larga percha para no perder el equilibrio. Tras él, un cartel que rezaba "paseos en barca" presidía aquel diálogo babeliano. El hombre, de tez severa y cara enjuta, como un Caronte ante almas mudas, no conseguía hacerse descifrar ante los pasmados visitantes. De momento, en calidad de barquero, no se les permitía el tránsito por la laguna estigia hasta que encontraran un idioma adecuado para presentarles sus monedas. La ciudad y sus afueras, asaltadas por centenares de miles de turistas escrutaban impasibles mientras las aguas del lago se volvían turbias. Qué más les daba aquello. Como la legendaria serpiente Sanxa, que habitaba acechando entre los alrededores, abrazaban aquellos contornos hasta asfixiarlos por completo sin entender muy bien el cómo ni el porqué. El reptil aumentaba

de tamaño cada año que pasaba y aumentaba la presión que recibía aquel débil paisaje. El oxígeno, cada vez más escaso, no lograba entrar en unos pulmones cansados de soportar la presión del reptil. El ciclista observaba de reojo la escena con el ceño fruncido, se levantó de su escalón y volvió hacía su rocín, cogió un bidón lleno de agua fría y dio un largo trago. "Espero que ese barco zarpe sin ellos", murmuró para sí mientras se secaba unas gotas que habían humedecido su barba.

De allí emprendió un nuevo camino, más estrecho, que unía el embarcadero con la playa, hacia el este. Había perdido la noción del tiempo. Le gustaba llegar a la playa pronto, cuando aún no había mucha gente poblando la arena, pero se había entretenido más de lo habitual por el camino. El sudor surcaba las arrugas de su rostro cada vez en mayor cantidad. "Necesito un baño", pensó. Un grupo de libélulas salió a

su encuentro, como fabulosas guías del camino correcto, él las siguió con toda naturalidad, eran de varios colores y tamaños. Por alguna razón que desconocía, aquel año había grandes grupos de aquellos simpáticos insectos, quizá fuera el azar o la devesa necesitaba más protección de la habitual, en cualquier caso, aquellos cuerpecitos alados le hacían sentirse acompañado. Como si se tratara de entidades benignas, prosiguieron juntos el sendero que llegaba de manera perpendicular al gran mar. El camino volvía a estrecharse y tras unos curvos meandros flanqueados por la característica flora del lugar llegó, finalmente, a una pequeña plaza con varios coches aparcados y un lugar específico para aparcar las bicicletas. A los lados del aparcamiento, las dunas hacían de cobijo del viento y mantenían la playa en su lugar.

Bajó de su pequeño vehículo y lo ató a la

barandilla con un par de candados que tenía enrollados sobre el desgastado cuadro de aluminio. Sacó de una alforja sobre la rueda trasera de la bicicleta un descolorido pareo y una vieja toalla y se encaminó hacia la arena. El mar azul tendido ante sus ojos le saludó con el sonido de las olas y el blanco de la espuma al romper con la fina arena. El sol, reflejado en el mar, trazaba un reflejo albino y centelleante de contornos en movimiento. Como una flecha que, apuntando hacia él, trataba de marcar un camino a seguir. Miró a ambos lados de la amplia extensión de arena y fue hacia un lugar donde no había ningún bañista cerca. Notó que el calor que había obrado una tregua entre las sombras del embarcadero acusaba su presencia como una bota chafando con saña su piel bañada en sudor. A su alrededor, se acumulaban efímeros monumentos de cañas y exiguos vestigios de árboles que había traído el río y sus barrancos de manera violenta en el

otoño pasado. Un recuerdo fugaz de Axinia y Florín rondó de nuevo su mente. Los trozos de madera, pulidos por el mar, se retorcían en sí mismos evocando el sufrimiento vivido desde sus raíces en un violento éxodo hacia el ponto. Extendió el pareo y se desnudó por completo con la vista puesta en la línea que dibujaba el sol en el agua, la flecha indicaba el camino. Una vez hubo acomodado sus cosas, avanzó lentamente sin dirección, en una suerte de tango entre las olas y atraído por el movimiento del mar, paso a paso, se adentró en el agua hasta que ésta cubrió por completo su rostro. El agobio producido por el calor desertó de su cuerpo en cuestión de segundos. Tomó aire y mirando al cielo quedó flotando en la postura del muerto, mientras el agua iba colmando sus oídos y se creaba una nueva orilla a la altura de sus mejillas. Colocó sus ojos en el oeste y observó como una Luna gibosa, casi llena, iba desvaneciéndose entre el azul del firmamento.

El cielo se fue fundiendo a negro conforme cerraba plácidamente los ojos. El sonido debajo del agua era otro, otras frecuencias, nuevas cadencias y una abolición unilateral de cualquier idioma creado en la superficie. Las libélulas se quedaron flanqueando los maderos enterrados entre la arena y despidieron el cuerpo que flotaba plácido en el mar.

2

Una ola cubrió su cara por completo mientras tragaba una gran cantidad de agua que interrumpió con violencia su respiración. Dónde estaba y qué hacía ahí eran preguntas todavía prematuras. Aleteando brazos y piernas pugnó por salir a la superficie entre toses, sin conseguir retomar el aliento. Su garganta repleta de agua salada esputaba líquido de manera compulsiva. Trató de mirar en todas direcciones mientras paladeaba el sabor intenso de la sal. Se mantuvo a flote como pudo

tratando de dominar su respiración ¿Dónde estaba la orilla? Buscó la línea de piedrecillas de colores que marcaba el borde de la playa y el fin del azul marítimo y tras localizarlo nadó en esa dirección en un estado de alarma absoluto hasta lograr pisar la orilla como un endeble náufrago. Mientras percibía el mareo que se sufre al levantarse de golpe de una siesta que ha durado más de lo habitual inició el camino hacia la serenidad: "¿cuánto tiempo había estado flotando en el agua?, ¿qué demonios había pasado?". Completamente desnudo miró en dirección a la arena y no encontró sus cosas. El agua recorría su cuerpo mientras su largo pelo, pegado a los hombros, le invocaba un frío inusual. Miró a ambos lados y no logró localizar a ningún bañista lo suficientemente cerca como para preguntarle. A lo lejos, en una de las postas de los guardacostas, la silla elevada permanecía vacía y sin bandera como una ruina antigua maltratada por un desierto

ominoso. Entornando los ojos, colocó su vista en el horizonte, hacia su izquierda y en la lejanía alcanzó a ver la mancha roja de su bicicleta. El lento flujo del mar le había llevado hacia el norte y estaba a varias decenas de metros de su ropa el resto de cosas. Avanzó rápido hacia ellas y las vio parcialmente enterradas en la arena. Miró hacia el sol, que le observaba desde lo alto ya en dirección hacia su destino al oeste, y resolvió que sería ya más del mediodía. "¿Cómo era posible haberme quedado dormido tantas horas flotando en el agua?", se dijo. Observó alarmado a ambos lados y los bañistas, lejanos entre la bruma, parecía que se iban borrando hacia rastros de pintura onírica y se convertían en sombras de arena. Recogió con sus arrugados dedos las pertenencias entre la arena, se vistió nervioso y volvió hacia su vehículo.

Después de tanto tiempo expuesto al

ardiente sol tenía la garganta seca y la piel entumecida. Tardó poco en secarse y advirtió que el calor amenazaba de una manera insoportable su cordura, aquel frío del agua se había extinguido y había dado paso a un manto abrasador. Metió una mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón y no encontró la llave del candado de la bicicleta. Rebuscó en el otro bolsillo y el resultado fue el mismo: "¡Joder!", dijo en voz alta. Sacó por completo la tela de ambos para asegurarse y nada, parecía el payaso tonto de una película muda en blanco y negro. Inició una larga carrera hacia donde había dejado sus pertenencias en la arena mientras la estrella ígnea no quitaba ojo de sus movimientos. "Mierda, mierda, mierda, dónde coño están las llaves", se decía una y otra vez. Frente a él la fina arena dibujaba la marca que el pareo había dejado sobre el suelo, se arrodilló y empezó a escarbar entre la arena. Nada. Pese a la prueba de su estancia allí, sus

esfuerzos fueron inútiles. Finalmente, fijó sus desconcertados ojos en dirección al cielo y advirtió que el imponente sol le desafiaba desde allá arriba. “No estaré a más de un par de horas de casa, iré andando y cogeré el llavero de recambio”. A su alrededor las libélulas habían desaparecido y habría jurado que haría más de cuarenta grados. Cogió el botellín que había junto a los pedales de la bicicleta e inició el camino de vuelta por un sendero paralelo al mar.

A su derecha una serie de chiringuitos, que normalmente estaban llenos de turistas a esa hora del día, estaban cerrados y vacíos. La ausencia de gritos, coches aparcados, terrazas llenas y camareros sudorosos chapurreando inglés había devenido en un macabro silencio. Todo parecía abandonado. Los espacios que habitualmente eran ocupados por el desarraigo de la masificación persistían vacíos, como si

de tanto apretar se hubiera quebrado su frágil esqueleto y ahora pacieran inertes como un cuerpo superado por un fallo multiorgánico. Se notó irritado. Su respiración acelerada por andar a paso rápido no le dejaba pensar con claridad. Se concentró un momento: "¿dónde he dejado el casco?". Se giró de repente, pero desechó la idea de volver. "Si al menos tuviera la bici...". Caminó durante al menos una hora tratando de aprovechar las pequeñas sombras que proyectaban los árboles de la devesa. El sol le perseguía tenaz como el foco de una cárcel persigue a los presos huidos tras un motín. "¿Dónde demonios está todo el mundo?" pensó.

A su izquierda veía el bosque del Saler, de entre los palmitos y alguna coscoja brotaban pinos inclinados y plegados sobre sí mismos, ascendiendo desde el sotomonte, como en señal de reverencia al mar. Cuerpos fantasmagóricos

de madera detenidos en una macabra fotografía tomada durante un baile imposible. Había visto cientos de veces aquellos árboles, pero ese día la imagen le sobrecogía. "¿Por qué no había nadie más por allí? Esto no pinta nada bien". A cada paso que daba se repetía una y otra vez la misma pregunta entre ríos de sudor que mantenían su espalda completamente mojada. Bajo los árboles, el cemento de un antiguo paseo marítimo yacía entre las raíces de los pinos. El proyecto de urbanización, que había sido urdido antaño sobre aquellos territorios, fracasó y un vetusto paseo marítimo, que había sobrevivido entre edificios que jamás fueron construidos, fue demolido hacía algo más de una década. A veces, cuando el viento feroz capitaneaba algún temporal acompañado de gota fría, bloques de hormigón, trozos de tubería o hierros oxidados emergían del suelo. En el mundo al revés, por debajo de los árboles crecía cemento. El óxido y el gris de los cimientos le recordaba al verde

que una vez estuvo apunto de extinguirlo.

Cansado de caminar y queriendo huir de la inquietante arboleda aprovechó una pequeña elevación del terreno donde había una vieja estructura y se dirigió hacia ella, pese al salvaje fuego que llovía del cielo. Pensó que sería buena idea subirse al promontorio e intentar aclarar sus ideas, quizá más cerca de la ciudad habría alguien que podría explicarle qué demonios estaba pasando. Como brotando de la arena, un armazón circular ascendía unos cuatro metros hacia el cielo sobre una duna. La construcción se erigía amenazante. Completamente ajena a su entorno, consistía en un círculo perfecto de hormigón en cuyo acceso había una valla que advertía del peligro de derrumbe al acceder a su cúspide. Salvó la valla por un lado y se sentó en la parte de la circunferencia que daba directamente al mar. Lo que vio ante sus ojos le desconcertó por completo. El plácido mar

de Sorolla era implacablemente desplazado por un infierno del Bosco. La composición era la siguiente: varias decenas de barcos de carga de colores obscenos rodeaban la playa firmados por la rúbrica cruel de los nombres del colapso. La cuadratura infame de aquellos contenedores se enfrentaba en un combate a muerte contra el azul y blanco de las olas del mar, el gris amarronado del metal de los buques quebraba las corrientes lenticulares que teñían de azul oscuro sus trayectorias. Un bombardeo de objetos, de muerte y de vacío. La promesa necia de las cosas impactando sobre el endeble dorado de la arena. Se echó las manos a la cabeza y mirando a su alrededor no fue capaz de sofocar un grito. Estaba observando la imagen del desastre desde los ruinosos restos de un antiguo búnker que hubo de albergar un cañón anti barcos durante la guerra. Lo entendió todo. Seguían siendo bombardeados, pero igual que antaño, seguían sin conseguir defenderse. El

Copón de Miaja jamás llegó a estar operativo para defender la ciudad de los bombardeos de la flota de fascistas italianos y españoles que bombardearon València durante meses. Ahora eran nuevos nombres en idiomas inéditos que empuñaban insólitas armas para lanzar objetos desde sus contenedores. La situación era dramática, porque en la ciudad ya no quedaba ningún refugio donde guarecerse, ahora eran visitados por turistas. Bajó corriendo de allí, tropezó con la arena y cayó de bruces al suelo. En una suerte de perturbada lucidez, con la cara magullada por la caída y restos de saliva mezclada con arena en sus mejillas, se levantó y miró hacia el puerto.

Grandes grúas se alzaban frente a él. Formidables estructuras amarillas, rojas y azules presidían un averno sobre el mar. Un horizonte bañado por un sol cada vez más lejano cercenaba las nubes con su pintura adulterada.

Emitían rugidos y pitidos que llegaban hasta él desfigurados, rebotando entre las ramas de los rizados pinos. Aquellos gigantes de metal no oían sus graznidos porque no tenían orejas, ni alcanzaban a ver la destrucción porque no tenían ojos. Tan solo cargaban y descargaban, comandados por la locura y el odio hacia el mar y la arena. Les miraba fijamente y comenzó a temblar por un frío súbito. Ya no sabía qué hora era, de hecho, no sabía si el tiempo seguía vigente en aquella locura. Los forasteros de ropa extravagante habían sido por completo derogados a su alrededor. Una suerte de bóveda opresiva se posó sobre el andante observador. Miraba sin pestañear las grúas y sus movimientos. Una danza mecánica que no daba lugar a la duda, siempre igual. La norma era simple: carga y descarga, carga y descarga. Sin saber exactamente cómo, emprendió el camino hacia el puerto. ¿Acaso el camino de vuelta a casa? No importaba. Las llaves de recambio del

candado a su bicicleta habían pasado a segundo plano. Había de guarecerse del bombardeo y del extremo sol que vertía un calor inenarrable. Se internó en el bosque y emprendió el camino hacia el norte, en dirección a las omnipresentes grúas.

Tras correr durante un tiempo indeterminado, miró a ambos lados del camino y advirtió que el bosque de la devesa se alzaba amenazante a su alrededor. Como si su cuerpo hubiera abandonado la capacidad de percibir el paso del tiempo se preguntaba qué hora sería y si había tomado la dirección correcta. La luz del sol había quedado interrumpida por el denso y tupido manto de las copas de los retorcidos pinos. Los más altos ascendían en curvas imposibles hacia el cielo, ignorando las normas a las que atendían el resto de árboles. Reinó un silencio solo vulnerado por el crujir de las ramas secas a su paso. Algunas

franjas amarillas del sol se infiltraban entre el verde oscuro de los pinos y creaban extrañas figuras con el polvo que levantaba al correr. Siluetas de un marrón claro danzaban a su paso sonrientes y emitían imposibles coros al son de su entrecortada respiración debido a los jadeos. Pese a que el sol se amagaba entre los árboles, un nuevo y repentino calor invadió su cuerpo y un olor extraño ocupó sus pulmones enviando una alerta a su cerebro. El verde del bosque se fue tornando en gris y se fue despoblando. Identificó claramente un olor a madera calcinada, pero miró a su alrededor, en todas direcciones y vio que estaba frente a un bosque ya quemado. “Huele a que se está quemando algo... ahora mismo... pero este bosque ya hace tiempo que fue abrasado”, pensó con turbación, “y hace un momento estaba... verde”. Sabía que durante los años anteriores un pirómano de la zona había intentado agredir con su fuego simplón lo que quedaba de aquellos longevos

bosques, pero aquello estaba quemado desde hacía tiempo y sus sentidos le orientaban en sentido contrario, como si el pasado se hubiera agarrado al presente en un acto desesperado para tratar de comunicarle su desesperación al caminante insertando olores del pasado en imágenes del presente. En ese instante, vio a lo lejos una sombra, con un tamaño de no más de metro sesenta. "Es él, el pirómano", pensó y emitió un hondo y singular grito: "¡¡Eh, tú!! ¿¡Qué haces!? ¡¡¡Ven aquí!!!". Salió corriendo en su dirección y la sombra pareció huir asustada al primer movimiento. Se sorprendió a sí mismo al estar mostrando un arrojo inusual, "¿sería el pirómano?". Corrió entre los árboles en busca del fantasma, cuyo eco rebotaba en las figuras de polvo, ahora construidas en base a cenizas y el tizne de los maderos abrasados. Llevaba unas horas absolutamente desconcertado y asustado y presentía cómo iba perdiendo poco a poco el juicio corriendo tras una sombra inalcanzable.

Amaba esos bosques y ese entorno tan herido y humillado y la simple idea de incendiar todo aquello lo sacaba fuera de sí. Corrió hasta perder el aliento pero parecía que la sombra había desaparecido. "¿Por qué alguien querría quemar el bosque de la devesa?".

Al ver que la figura desaparecía paró, jadeante, con las manos apoyadas en los muslos, se inclinó para tomar aire y cerró los ojos con fuerza, sin entender demasiado qué estaba pasando. Algo más sereno, tras el paso de los minutos, volvió a mirar alrededor y su piel tornó en un blanco pálido al observar que el bosque volvía a estar intacto, verde y con su frondosidad habitual. Una breve ojeada semicircular le hizo caer de rodillas ante la evidencia. No comprendía nada. Un gran malestar se apoderó de su ánimo, empezó a toser de manera nerviosa manifestando un principio de arcadas, los músculos de su

estómago se empezaron a contraer avisando de que algo no iba bien, se agarró con las dos manos a la pinocha seca del suelo y vomitó. Minutos después se sentó con la espalda apoyada en un árbol, un par de pasos alejado del vómito y bebió las últimas gotas de su botellín. Absolutamente convencido de lo que había visto, se concentró en las figuras de polvo que continuaban su danza, observándole y meciendo su imaginación. Un sentimiento de compasión se apoderó de su mente.

Imaginó el rostro marchito del pirómano, con la barbilla hueca y los pómulos sobresaliendo de un rostro cadavérico. Un semblante gris y unos ojos que proyectaban un profundo vacío bajo sus cuencas. Un cuerpo encorvado por la desazón, vestido con el traje del miedo y envuelto en un perfume de triste enojo. Supuso que solo una persona con el alma vacía sería capaz de algo así, un fantasma

atrapado en un bosque al que desprecia, errando con una cerilla en un mano y en la otra un vacío mientras trataba de alcanzar un poco de algo que le era ajeno. ¿Era él aquella sombra? Sin duda, aunque en la cotidianidad tuviera contornos definidos, la representación de sus actos le convertían en aquella sombra fugaz, a la vez, persiguiendo y perseguido por aquel verde que trataba de borrar. Querer cambiar aquella vegetación por cemento, presa de las inmobiliarias, arquitectas de aquellas execrables torres. En un acto de extraña empatía lloró y sus lágrimas dibujaron unas líneas serpenteantes de color carne a ambos lados del tizne gris de su teñida imagen. Un poco más sereno y recobrando el pulso se levantó y decidió que tenía que volver a casa. No sabía exactamente cómo, pero el bosque desembocó en la pedanía más próxima a la ciudad, la que unía el puerto con el camino hacia el lago. Habría jurado que el bosque quedaba mucho

más al sur, al menos en la actualidad, desde que los campos de cultivo fueron deforestando la devesa desde el siglo pasado. ¿Acaso se había vuelto loco? Tal vez era el bosque quien se había vuelto loco y había tomado la extensión que tenía hacía al menos doscientos años...

Intentó hacer sumario de toda aquella demencia y ante ambas posibilidades decidió centrarse en seguir el camino y volver a la seguridad de su hogar. Se estimaba perseguido por el pasado y por su geografía. Decidió tomar el camino del río, por un puente de dos carriles al que habían añadido uno al lado para peatones y bicicletas. Pensando en la suya, atada sin remedio a varios kilómetros de allí, accedió a la pasarela. Al este tenía la nueva desembocadura del río, delimitada a su derecha por un largo y recto espigón, como una aguja que inyectaba rocas en el mar. A su izquierda las grandes barreras del muelle sur del puerto.

A su espalda pudo contemplar la gran cicatriz del nuevo cauce del río. En los años cincuenta, la gran riada que inundó gran parte de la ciudad supuso la sentencia de muerte de aquel río al paso por la urbe. Aquella obra ciclópea, como tanto gustaba a los hombres con poder de aquel tiempo, supuso una herida abierta en aquellos cientos de miles de hectáreas. Una cuchillada implacable, recta y gris, que rompió pueblos por la mitad, como el rastro cruel de un inmenso leviatán que destruyendo huertas, hogares y las vidas que los habitaban, se volvía arrogante a contemplar su destrucción. El río jamás volvería a habitar su lecho milenario y la ciudad presumiría de estar a salvo de su cruel ferocidad. A ambos lados de aquel inmenso sumidero crecían piedras y mensajes en las orillas que subían en diagonal hacia dos autovías que la circundaban, por donde el humo de los camiones era el único caudal que transportaba aquella llaga inmerecida. "¿Cómo

habíamos llegado a esto?" se dijo. Y de nuevo, una imagen del pasado le golpeó las mejillas con fuerza, como una bofetada atemporal. Se agarró con fuerza a la barandilla de la pasarela y lo vio. Como si de una guerra se tratase, decenas de máquinas destruyendo una alquería, entre polvo y ruina, mientras varias familias intentaban detener el terror del acero y la incomprensión con sus cuerpos, mientras otros, vestidos de gris y armados con porras, sacudían esos cuerpos hasta que caían al suelo, en lo que antes era huerta y ahora se había convertido en un ruin vertedero. "Ni cientos de bandadas de flamencos, ni millones de libélulas habrían podido detener aquellas máquinas", pensó.

De la misma manera que subido en el Copón de Miaja, fue capaz de poseer de nuevo esa extraña lucidez que le había hecho quebrar las fronteras entre el pasado y el presente, entre la ficción y la realidad. Vio las vidas

interrumpidas por la construcción de aquella parodia de río. Vio cientos de grúas asaltando su horizonte en todas direcciones y edificios construidos en zonas bajo el nivel del mar. Vio una modesta ciudad construida hacía más de veintisiete siglos en una isla fluvial, junto a un camino que llegaba a Roma y nuevos pobladores que construyeron cientos de kilómetros de acequias. Vio una ola gigante y marrón destruyendo el sur y cientos de aviones italianos bombardeando un día de mercado. Vio coches girando por calles inventadas a más de doscientos kilómetros por hora y chabolas en lugares donde nadie sabía que hubiera sucedido nada. Vio brotar de entre las entrañas del fango toneladas de torres nocivas, como plantas carnívoras, donde cuerpos metidos en ataúdes de alienación pastaban en algo llamado vidas, consumiendo el humo embotellado en las chimeneas de los grandes buques que se amarraban en el puerto. Vio un cuadro con

todo aquello sucediendo al mismo tiempo, con trazos de pura maldad rajando como machetes bucólicos paisajes en colores pastel. Un tríptico que se fusionaba en un gran paisaje amorfo, donde líneas rectas y toscas subrayaban hasta tachar cualquier atisbo de trazo sutil. Comprobó azorado cómo el marco que encuadraba el retrato comenzaba a rasgarse por las esquinas, las diagonales que se unían en las cuatro esquinas se había desencolado y parte de la tela pintada se arrugaba sin remedio. El lienzo no podía soportar los cientos de pigmentos sucios y enormes que ofrecían promesas imposibles. Los tontos objetos habían condenado y encuadrado un río que no debía ser domado y habían convertido el sur en un polígono eliminando la tierra y aprisionando barrancos en un encaje demasiado estrecho. Las piezas y las cosas habían vaciado las vidas de los habitantes de aquel lugar hasta ahogarlos, hasta llenar sus hogares de fango y de destrucción.

Se giró de golpe y se dirigió con los ojos abiertos de par en par hacia el puerto. Un enorme y descomunal esperpento, avanzando hacia el este, construyendo diques y desecando el mar para sembrar cemento, como tanto temía el tío Paloma. Era una ausencia de color, de gusto y de tacto que manchaba de vacuidad sus alrededores. Como un tumor no paraba de crecer para destruir y borrar cualquier color original y teñirlo de hidrocarburos y mercado. Las grúas no habían parado su danza, las tenía encima, eran más grandes que nunca. Sobre sus ojos seguía la misma coreografía hecha de paisajes monótonos y grises: carga y descarga, carga y descarga. Sus afiladas líneas casi podían pincharle. Humo y ruido para traer objetos. Después de todo lo que había vivido esa mañana, aquella era la verdadera locura. La danza del humo y del ruido. Una máquina implacable que no podía parar y que necesitaba cada vez más y más. En ese

momento, se subió encima de la barandilla de la pasarela, como tratando de plantar cara a aquellos gigantes y a aquellos barcos y comenzó a gritar fuera de sí: "¡Somos nosotros los que recogemos esas mercancías! ¡Somos nosotros los que las pedimos, las clasificamos, las tasamos y las repartimos! ¡Somos nosotros los que las colocamos en nuestras estanterías!". Completamente enajenado cogió un montón de piedras que había sobre el carril bici y las lanzó contra el dique que protegía al puerto de la vida exterior. Una de ellas impactó contra el hormigón haciendo un ruido mínimo creando una escena triste de impotencia. Entre gritos y blasfemias cogió otra y al lanzarla el resultado pareció diferente. El impacto contra el muro levantó una polvareda de un color rojizo muy claro, como si hubiera lanzado una piedra de rodeno. De pronto, sus gritos enmudecieron y comenzó a oír un sonido extraño que venía desde el sur. Parecía un ruido que, sin embargo,

al compararlo con las grúas se convertía en una sutil melodía.

Una cadencia percutida se fue acercando poco a poco, como emulando pasos de gigante, mientras cientos de notas revoloteaban a su alrededor repitiéndose y sumándose, formando una atmósfera nueva. Si te detenías a oírlo parecía una sinfonía familiar. Aquellas notas, aquellos ritmos tenían incluso un sabor hogareño, como el helado preferido que elige una criatura en la piscina municipal. Podría decirse que era la unión de los estribillos de mil canciones favoritas. Cada vez más alto, se acercaba implacable, tanto que parecía que le iban a estallar los tímpanos, pero no podía dejar de oírlo y de disfrutarlo. Miró hacia el sur y su boca se abrió de par en par. Cientos de colores saltaban desde el bosque de la devesa hacia él, trenzándose, manchando de rojo, amarillo, azul y verde a su paso. Chocaban,

se mezclaban creando nuevos y se separaban y se alejaban al son de la música. Parecía un pentagrama colorido interpretado desde cada vez más cerca. Semicorcheas de diferentes tonalidades se zarandeaban mientras puntillos y ligaduras más oscuras tropezaban entre ellas y se cogían de la mano entre sonrisas y sutiles canturreos. De todo aquel amable galimatías, empezó a aflorar el sonido de unos pasos que iban progresivamente asomando entre el alto volumen de la música. A grandes zancadas, avanzaban al mismo compás del son. Boom, baaam, cada paso era como el petardo que avisa de que va a empezar una mascletà. Boom, baaam. Dos imágenes gigantes, al menos dos veces más altas que las grúas del puerto, germinaron desde el bosque y se erigieron delante del puerto, como si danzaran, con grandes pasos que hacían retumbar la pasarela con violencia. Tuvo que bajarse de la barandilla y quedarse agarrado y semi en cuclillas para no

ser despedido abajo del puente. Boom, baaam. Entonces vio algo que recordaría toda la vida, con el rostro medio tapado por el pasamanos y con una mezcla desigual de estupor, curiosidad y puro miedo, fue subiendo la cabeza hasta que sus ojos vieron lo imposible: las dos imágenes animadas de Axinia y Florín colosales e imponentes con los pies bañados en la desembocadura del río. Se frotó los ojos y la imagen permanecía. ¿Quién iba a creerle si lo contaba? Ambos cuerpos dibujados, tal y como los recordaba en la pared de su hogar, con grandes pies y manos aún más grandes y sus cabellos negros pegados a la cabeza mirando de lado hacia el puerto. Una de las figuras vestía una camisa negra, la otra blanca. La música se detuvo y reinó el silencio. Ni las grúas tuvieron cuajo de seguir con su horrible danza. El tiempo frenó en seco, en ese lapso, lo que quedaba del pasado fue abolido completamente e insertado en el presente. La ficción, por alguna razón que

nadie podía explicar, tal vez porque no quedaba otra alternativa, había tomado las riendas de la realidad. Florín se giró hacia él y con una voz tan entrañable como pavorosa le espetó: "vete".

Lo que sucedió a continuación es difícil de explicar. Ambos colosos de pintura, como la serpiente Sanxa, abrazaron las temibles grúas del puerto y fueron absorbiendo sus colores hasta que las estructuras portuarias acabaron sumidas en un blanco y negro muy tenue y decrecieron progresivamente hasta hundirse en el mar. Los barcos amarrados en el puerto comenzaron a perder sus colores de marrón oscuro y óxido y fueron tornándose en mil tonos de azul, desde el celeste hasta el más oscuro, para fusionarse con el mar y desaparecer. Desde el sur, bandadas de flamencos se posaron en los espigones artificiales del puerto que se perdían en el mar y piedra a piedra fueron desmantelándolos y lanzándolos sobre

los edificios de alrededor. Todo lo que era gris comenzó a desaparecer y tornarse verde, azul o amarillo. Cada edificio del puerto, desde el más alejado de la costa hasta la misma ciudad fue absorbido por el mar, en una coreografía grácil y de un perfecto ensamblaje. En su lugar, cientos de garcetas sobrevolaron la zona y, como si de la construcción de un nido se tratase, fueron colocando, grano a grano, arena fina hasta tapar el último centímetro de cemento. En el otro extremo, un número incontable de libélulas, con un hilo trenzado a través de cientos de colores, unieron ambos lados del nuevo cauce del río y como quien cose una herida, reunieron de nuevo las dos riberas que adulteradamente había desterrado un lado del otro, mientras los puentes quedaban obsoletos y los bosques de la devesa avanzaban para repoblar todos aquellos solares que la gris necedad había arrebatado al verde. El cemento se convirtió en tierra. El mar manchó de cobalto los diques y los espigones y

dejó pasar la arena robada hacia nuevas dunas con nuevos colores. Desde lo más profundo del lago crecía el bosque sobre los últimos edificios construidos y el tío Paloma veía como el agua manaba de nuevo y tomaba su tamaño original. Con una sonrisa infinita miró hacia el transparente líquido y pudo ver su cara reflejada en el fondo, mientras un banco de anguilas le devolvían la sonrisa desde un fondo ahora vivo y sano.

3

Sin saber muy bien si todo aquello había ocurrido de verdad y huérfano de bicicleta, los pasos de aquel punto sobre el plano llegaron hasta una gran iglesia barroca al pie de una calle con un letrero que rezaba “Carrer de la Punta al mar”. El templo marcaba el inicio de un camino que durante décadas había sido un chiste para el nomenclátor de la ciudad. Paso a paso, sin casco ni vehículo, caminó en dirección al mar, donde anteriormente el puerto había robado el significado del nombre de aquella calle. Tal vez

fuera muy osado por parte del puerto poner un muro en contra del significado de una palabra. Cuando nombramos algo le otorgamos una realidad, un valor y una entidad que es muy peligroso alterar. Paso a paso se fue acercando a donde minutos antes cientos de miles de toneladas de necio disparate habían negado el horizonte manchándolo del gris oscuro de una tapia. Ahora el paisaje era diferente, unas palmeras entre sotomonte de cardos marinos, algodonosas y orugas de mar marcaban el camino hacia la playa.

Como había hecho aquella mañana, nada más llegar a la arena, se despojó de sus ropas y con los pies desnudos pisó la caliente arena de la última tarde. El sol, ya en lejano oeste, proyectaba un sombra que se alargaba hacia un mar ahora libre y de un azul renovado. Miró hacia el sur y las grandes efigies de Axinia y Florín volvían a su pared. Él siguió caminando

hacia el mar y decidió que el mundo necesitaba aquellas imágenes, aquellos colores, aquellos trazos, sino estábamos perdidos.

Colocó sus dos manos en forma de cueva y las lleno de agua, como si fuera crema para el sol, tintó su bronceada piel de azul, su color preferido, desde los pies hasta la cabeza. Para las uniones de las extremidades aprovechó la espuma que producían las olas al chocar con la arena y para los ojos y las orejas colocó unas conchas que había en la orilla. Una vez vestido completamente de agua avanzó hacia ella y antes de convertirse definitivamente en mar, se giró y miró un viejo muro donde habían escrito con letras grandes de color blanco y borde negro unas palabras que también habían cobrado vida: “recuperem la punta”.

* * *

Vistas desde arriba las ciudades son un plano. Delimitadas en su creación por la imaginación de las personas que las habitaban, fueron creciendo desde pequeñas islas a grandes porciones de terreno. Así, durante un tiempo, la coexistencia dentro del mismo lienzo fue difícil pero posible, siempre y cuando los colores combinaran y los trazos se respetara entre sí convirtiéndose en preciosas figuras. De esta manera, perduraron en un pacto con su medio e hicieron realidad la ficción de la simbiosis. Sin embargo, no siempre la caligrafía fue imaginada para coexistir y nuevos planos fueron superpuestos por personas que jamás habitarían aquellos rincones, personas que nunca amaron la pintura. Y con sus tonos sucios y artificiales soñaron ciudades inhabitables porque ellos no habitaban nada. Pero hubo resistencia y por cada brutalismo dibujamos un nuevo punto de vista. En cada acera, en cada árbol, en cada esquina se imprimió un recuerdo

nuevo, un trazo más. En muros de ladrillo y de papel trazamos réplicas hermosas de un mundo más amable. Cuando escribimos palabras de subversión, como un hechizo contra la barbarie, creamos nuevos planos.

Escrito en València durante el verano
de 2025.

Versión PDF en Junio de 2026.

Gracias a las personas que han aportado sus ojos, su lectura y su atención al manuscrito del relato: Juancar, Toni, Pepe y en especial a Ele por su vista de lince, sus correciones y sus aportaciones lingüísticas.

Gracias a Esther por estar detrás de cada cambio, de cada idea y de cada disparate dentro y fuera del relato. Y por ser una fuerza de la naturaleza.

Y, por supuesto, gracias a Elías por dibujar en muros.

Si, vistas desde arriba, las ciudades son un plano, para adquirir profundidad hay que bajar hasta la superficie, incluso indagar por debajo de ésta. Sin embargo, cuando una población está construida a cero metros sobre el nivel del mar, ¿cuánto podremos excavar hasta llegar al fango?

Carlos Moreno Tenas (Madrid, 1986) es historiador de formación y educador de educación especial de profesión. En sus dilatadas vacaciones de verano recorre los caminos de la Albufera una y otra vez con destino a la playa del Saler. Nunca lo hace vestido de ciclista.